

RESEÑAS DE LIBROS

Commission for Africa, *Our Common Interest. An Argument*, Penguin Books, Londres, 2005, 184 pp.

Este libro es producto de los trabajos realizados por un grupo de diecisiete personas (la gran mayoría africanos), denominado la Comisión para África, formado en 2004 a iniciativa del gobierno británico y presidido por el primer ministro, Tony Blair. Aunque en la introducción se afirma que el libro está dirigido a múltiples auditorios —desde las personas que toman las decisiones en África y en el mundo desarrollado, hasta los pueblos de África— en realidad estaba destinado a los jefes de Estado participantes en la Cumbre del G-8, realizada en Inglaterra en julio de 2005. A pesar de que su principal propuesta difícilmente puede ser llevada al terreno de los hechos, este informe se ha convertido en un documento básico en la discusión de los problemas de desarrollo de África.

La finalidad de la Comisión al realizar este informe era definir los retos que enfrenta el continente africano y recomendar cambios concretos para reducir la grave problemática del desarrollo, con énfasis en la lucha contra la pobreza. En el último párrafo de la introducción, la Comisión advierte que las medidas propuestas son un paquete y todas deben ser llevadas a cabo.

Para formular estas recomendaciones, se afirma que la Comisión estudió todos los datos disponibles para intentar descubrir qué es lo que funciona y qué es lo que no ha funcionado en África. Además, se llevaron a cabo amplias consultas en 49 países africanos —con funcionarios gubernamentales, miembros de la sociedad civil, del mundo académico y de los sectores público y privado—, en los países miembros del G-8, en China, India, en los países europeos y entre la diáspora africana en distintos países. Aunque al final hay sugerencias bibliográficas, probablemente para evitar un tono académico, es lamentable que en el informe no haya notas de pie de página ni referencias concretas sobre cuál es la fuente de las aseveraciones, algunas de

las cuales son polémicas o contradicen datos publicados en distintas fuentes.

El informe completo, dado a conocer en marzo de 2005, comprende dos partes aunque en este libro sólo se incluye la primera (Argumento y Recomendaciones). Además de la introducción, el libro comprende 10 capítulos, una sección de recomendaciones, un glosario de términos y tres apéndices. La constante a lo largo del libro son las afirmaciones dramáticas, que muestran la cara más amarga de la realidad de los pueblos africanos, casi siempre respaldadas con cifras y con alguna advertencia en cuanto a las consecuencias que implicaría ignorar dicha problemática: por ejemplo, más de 100 millones de seres humanos en África son pobres de manera crónica (p. 61).

Así, por ejemplo, para insistir en la gravedad de la situación, se comparan los efectos del tsunami en Asia con lo que pasa en forma cotidiana en África; es como si cada mes hubiese un tsunami en éste último: no es dramático y difícilmente atrae la atención de los noticieros de televisión, pero su impacto es similar en cuanto al número de personas que mueren en África (p. 7).

El punto de partida del informe de la Comisión para África coincide con el optimismo del Banco Mundial:¹ los cambios internos (procesos de democratización, creación de la Unión Africana, adopción de Nepad²) y sobre todo los cambios internacionales que han creado una oportunidad única y favorable para el cambio en este continente.

A lo largo del trabajo, en varias ocasiones se establecen comparaciones —a veces poco afortunadas— entre la realidad de los países africanos y lo que pasa en otras partes del mundo, sobre todo en Asia. Así, por ejemplo, en el primer capítulo (*The case for action*), a partir del planeamiento: “vivimos en un mundo en el que...”, se expone una cadena de dramáticos con-

¹ The World Bank, *Can Africa claim the 21st Century?*, The World Bank, Washington, 2000.

² Nepad: New Partnership for Africa's Development (Nueva Asociación para el Desarrollo de África), documento adoptado por la Unión Africana en 2001 y que propone una fórmula de asociación entre África y las potencias occidentales, según la cual serán los propios africanos quienes formulen y lleven a cabo sus estrategias de desarrollo, empezando por corregir la situación interna; a cambio, las potencias occidentales prestarán ayuda.

trastes entre África y el resto del mundo, afirmando que gracias al crecimiento económico y a la globalización se han incrementado los niveles de vida para millones de personas, pero eso no sucede en África, continente en el cual millones de seres humanos viven en una terrible pobreza; los adelantos en medicina tienen como contraparte la muerte por malaria de niños africanos, lo que podría ser evitado con medicamentos que no valen más de un dólar; el gasto en comida innecesaria contrasta con el hambre en África; el auge del internet en el mundo desarrollado tiene como contraparte 40 millones de niños que no asisten a la escuela, entre otros aspectos. En el segundo capítulo (*The lost decades*) se compara el retroceso de África, en lo que en el informe se denomina como las décadas perdidas (1960-1990), con el progreso y los éxitos recientes de Asia.

La investigación que sustenta este informe consistió en el análisis de la problemática del desarrollo en África en los últimos 50 años, insistiendo en la necesidad de oír la voz de los africanos. Se subraya que en un esfuerzo crítico, la Comisión no ignoró los errores cometidos por los gobiernos africanos y por los países desarrollados en materia de ayuda, desarrollo y manejo económico. Sin desconocer fenómenos como la corrupción, la incompetencia o los conflictos internos, la Comisión observa que no es su intención hacer un relato de culpas y tampoco se trata de ignorar que las cosas están cambiando (de manera positiva) en África y en el mundo. Se afirma que la idea es narrar una historia compleja en un contexto interdependiente: en un primer momento, ver la problemática a través de la mirada de los africanos (capítulo 3: *Through African eyes*) y después tomar en cuenta qué es lo que ha cambiado en África y cómo debe responder el mundo desarrollado a estos cambios. En ese contexto, el tema central es cómo hacer que las economías africanas crezcan y cómo asegurar que la gente pobre pueda participar y beneficiarse.

En el informe se definen tres dinámicas que a juicio de la Comisión son los ejes centrales en la vinculación de África con el mundo desarrollado: comercio, deuda y ayuda. En el marco de un nuevo optimismo, la Comisión plantea que el núcleo del problema reside en la debilidad de la gobernabilidad, en la au-

sencia de un Estado efectivo y en la falta de incentivos individuales (capítulo 4: *Getting systems right: governance and capacity-building*), problemas que tienen múltiples aristas, algunas atribuidas directamente a la acción humana, y que se traducen en la extraordinaria vulnerabilidad de los países africanos en la escena internacional. Se trata de problemas tales como corrupción, mala administración, urbanización acelerada (con el ritmo de crecimiento urbano más alto del mundo), baja capacidad productiva de la economía, ausencia de mano de obra calificada, altos niveles de pobreza y el despilfarro de la ayuda recibida en las primeras tres décadas de vida independiente, entre otros. Esto sin olvidar aspectos que no son directamente atribuidos a la acción humana, como la geografía, el deterioro ecológico y las enfermedades, en especial el VIH-sida.

Con insistencia en la urgencia de ayudar a África y siempre manteniendo un enfoque optimista en relación con este momento histórico, el informe se identifica con los planteamientos centrales esbozados por el Banco Mundial, al considerar que los cambios registrados desde fines del siglo xx en el contexto internacional han creado el mejor momento para el cambio (positivo) de África. Los cambios habrían dado origen a las condiciones necesarias para que África corrija el rumbo, sin despilfarros de la ayuda, como sucedió antes. Pero si no lo logra, advierte la Comisión, las consecuencias pueden ser desastrosas.

Entre los aspectos que se abordan en el informe, y que llaman la atención del lector, pueden ser mencionados la relevancia y diversidad de la cultura en África, subrayada en el manejo de la problemática del desarrollo a partir de la "mirada de los africanos". Cualquier intento de análisis que ignore dicha relevancia, advierte la Comisión, está condenado al fracaso. En este contexto, en el informe se destaca el papel de las religiones y de las redes sociales. Como muestra acerca de cómo está cambiando la vida cultural en África, se presenta la singular expansión de la telefonía celular, que entre otras cosas está generando la transformación de las tarjetas telefónicas prepagadas y compradas fuera de África en "monedas" de cambio en el continente, además los celulares desempeñan el papel de difusores de noticias, escapando a la censura de los regímenes.

La problemática de gobernación (*governance*) y la capacidad de diseñar y distribuir los servicios a toda la población (*capacity building*) son abordados a partir de un breve repaso histórico, destacando las múltiples condiciones que una buena gobernación requiere, muchas de las cuales no están presentes en el continente: mano de obra calificada, instituciones de educación superior, mayor participación de las mujeres, combatir la corrupción y crear mecanismos que permitan a los gobiernos rendir cuentas a la población, entre otras. En este mismo marco es abordada la problemática de los conflictos y la necesidad urgente de lograr la paz (capítulo 5: *The need for peace and security*). En el análisis de las causas y de las estrategias que deben seguirse en relación con los conflictos, se afirma que es mejor prevenir que solucionar (lo que no ha sucedido hasta ahora) y se denuncia el llamado “factor CNN”: las emergencias humanitarias y los conflictos africanos son considerados como fenómenos “con alto perfil” y son ampliamente publicitados, muchas veces ignorando los cambios positivos (p. 52).

Entre las necesidades más urgentes se destaca la inversión en la gente (capítulo 6: *Leaving no one out: Investing in people*), lo que implica realizar tareas enormes, como proporcionar agua potable; combatir y prevenir las enfermedades; garantizar mayor educación a toda la población, en especial a las niñas; brindar atención a los sectores más desprotegidos, lo que implica distinguir las prioridades y lograr una acción concertada entre los donadores, los gobiernos y la gente en general. Al afirmar que hay una brecha entre la ayuda prometida y la que realmente reciben los países africanos, en el informe se plantea el tema más polémico del libro: la Comisión propone dar una ayuda extraordinaria a África, lo que implica duplicar el monto de lo actualmente prometido, en un periodo de tres a cinco años. La mitad de ese monto de ayuda extraordinaria deberá ser destinada a la salud, la educación y el combate del VIH-sida (pp. 73-74).

Son dos los argumentos que se plantean en el informe y que distinguirían la naturaleza de esta ayuda, en oposición a la experiencia pasada: los cambios positivos (tanto internos como internacionales) y la urgencia extrema de la situación en África, la única región del mundo que no crece (p. 110). La principal propuesta del informe puede ser resumida en unas cuantas

palabras: romper el “círculo vicioso” de la pobreza: falta de desarrollo, conflictos, mala gobernación, entre otros fenómenos negativos, sustituyéndolo por un “círculo virtuoso”. Esto implica que el compromiso externo sería proporcionar esta ayuda extraordinaria para África, mientras que el compromiso de los africanos sería crear las condiciones internas acordes a la nueva dinámica internacional. El núcleo de este compromiso, de “limpiar la casa”, debe iniciar por el Estado y la gobernación.

La ayuda extraordinaria propuesta es abordada desde diferentes ángulos; por ejemplo, en relación con el crecimiento económico sostenido, con el problema del endeudamiento externo, con la capacidad de absorción de los países africanos de la nueva ayuda (hay un límite de ayuda que las economías africanas pueden absorber), la erradicación de la pobreza, la calidad y fuente de la ayuda y las estrategias de desarrollo, que de acuerdo con la Comisión deben responder a las necesidades de la gente en África y no a las condiciones impuestas por los donadores.

En relación con el crecimiento económico en África (capítulo 7: *Going for growth*), el informe plantea aspectos polémicos. Por ejemplo, afirmando que la agricultura es el sector económico clave en África y, aunque no hay un solo aspecto que pueda ser calificado como decisivo para superar la pobreza e ineficacia de este sector, propone su diversificación hacia productos alimenticios básicos para exportación, sin descuidar la producción de subsistencia y para la exportación tradicional (algodón, café, frutas).

En el tema del comercio (capítulo 8: *More trade and fairer trade*), aunque plantea la necesidad de que sea más justo, en el informe se sostiene un argumento cuestionable, al afirmar que no están cerrados los mercados internacionales para los productos africanos, sino que África no produce lo suficiente para el mercado internacional (pp. 89-90).

Para evitar que la ayuda extraordinaria (capítulo 9: *Where will the money come from*) acentúe la deuda externa, la Comisión propone que sea dada como donativos (*grants*) en vez de préstamos (*loans*). En este sentido afirma que el alto grado de endeudamiento de los países africanos no sólo aleja a posibles in-

versionistas, sino que lo más grave es que se trata de una deuda impagable, hecho que no es desconocido por los donadores. Según la Comisión, hay cuatro países africanos (sin mencionar cuáles son) que de manera urgente requieren que se condone el total de su deuda.

En el último capítulo (*Making it happen*), se recurre al término zulú *ubuntu*, que sostiene que la identidad de una persona está dada por la comunidad. Es un principio de solidaridad muy antiguo en el extremo sur del continente (que tiene su equivalente en otras culturas africanas), pero muy difícil de definir, sobre todo a partir de una relativa redefinición, motivada por aspectos políticos e impulsada por Desmond Tutu (Premio Nobel de la Paz), en el contexto del periodo de transición en Sudáfrica (fin del *apartheid*) y que comprende aspectos como solidaridad, justicia, reconciliación e interdependencia entre los seres humanos.

Las recomendaciones abarcan todos los aspectos abordados en el informe y pueden parecer una lista de buenos deseos. Sin negar los méritos del informe, que difícilmente podrá llegar a la gente común y corriente en África, se distinguen varios problemas, que en gran parte inician con el presupuesto de base de la Comisión: subraya el progreso regional logrado en el continente en la década de los años noventa por medio de los programas de ajuste estructural que tuvieron muy pocos beneficios y que en algunos casos se tradujeron en crecimiento coyuntural, no sostenido; observa con un enfoque optimista cambios internos que apenas inician, como los procesos de democratización, o deduce conclusiones de documentos que aún no se han traducido en realidades, como la antes mencionada Nepad o respecto de la recientemente creada Unión Africana (que sustituye a la Organización de la Unidad Africana). Nepad es promesa; todavía no es una realidad. Afirmar que el contexto internacional es ahora "favorable" para África, ¿es creíble?

El segundo problema importante y que constituye el aspecto más polémico del informe, es la propuesta de solución: más ayuda para África. Diversos estudios³ sostienen que el fracaso de

³ Véase el libro de Nicolas van de Walle, reseñado en esta revista.

los programas de desarrollo no puede ser atribuido a la falta de dinero, sino que el problema reside en carencias estructurales, en especial la falta de capital humano, social e institucional. Sin éstos, es difícil que se logre el desarrollo en África, independientemente de la cantidad de ayuda que se destine. Es importante subrayar la responsabilidad de las élites africanas en la situación que enfrentan los africanos; élites que se han beneficiado de la debilidad estructural de los países africanos. Las recomendaciones de la Comisión difícilmente pueden ser aceptadas como viables, en un contexto internacional caracterizado por la globalización y que tiene un impacto adverso en el desarrollo de los países africanos. El propio informe destaca que el desarrollo no es sólo un problema económico o técnico, sino que se necesita además de voluntad política para superarlo, requisito que no parece importar entre los donadores y entre todos los gobiernos africanos.

Desde hace más de un década ha crecido el escepticismo fuera de África, que sigue siendo poco atractiva para los inversionistas extranjeros, en relación con los efectos benéficos de la ayuda, en la medida en que gran parte de las condiciones internas no han cambiado. La Comisión sugiere que más ayuda resultará en desarrollo de largo plazo y explora las razones por las cuales la ayuda no ha favorecido el desarrollo en África: problemas de liderazgo, pobre gobernación, conflictos, impacto de los términos del intercambio, sequías, falta de acceso a mercados cerrados, etc. Pero no arroja nueva luz acerca de las razones por las cuales los planes de desarrollo han fracasado en África o sobre cómo remediar los problemas. Enfrentar la tarea de la buena gobernación es imperiosa, independientemente de la cantidad de ayuda que pueda llegar: es un problema de justicia social.

HILDA VARELA
El Colegio de México

Ngũgĩ wa Thiong'o, *Matigari*, Rafael Segovia A. (trad. del inglés), El Colegio de México, México, 2005, 196 pp.

La verdad y la justicia deben encontrarse en los actos de la gente. Lo justo y lo injusto están arraigados en lo que la gente hace. Pero incluso entre la gente todavía tendrás un problema para encontrar las respuestas a tus preguntas. ¿Y sabes por qué? Déjame decirte esto al oído. Acércate. Es por el miedo. Hay demasiado miedo en este país.

Ngũgĩ wa Thiong'o, *Matigari*, p. 105

“[...] El libro ha tenido una historia que casi rivaliza con el relato de ficción que encierra entre sus tapas” (p. 11). Ngũgĩ wa Thiong'o, nos recibe con esta advertencia en el primer párrafo de su nota preliminar a la edición estadounidense de su novela *Matigari*. En efecto, la historia del libro es difícil de separar de la odisea que ha sido su publicación y, sobre todo, su circulación; pero al observar también la historia personal del autor, su propia producción como crítico (donde expone trascendentes puntos de vista ideológicos sobre los aspectos políticos de la escritura y del lenguaje) e incluso los posibles alcances del texto para lectores de otras culturas y de otras sociedades —especialmente del tercer mundo—, nos damos cuenta de que los contenidos de *Matigari* exceden, por mucho, las palabras que encierra entre sus tapas.

La novela en sí es más bien corta —la edición en español consta de sólo 196 páginas—, y fue redactada y publicada originalmente en kikuyu, lengua materna de Ngũgĩ, en 1986. Rápidamente el nombre del protagonista, Matigari ma Njirũngi, se conoció en Kenya y el régimen dictatorial de Daniel arap Moi ordenó su arresto al creerlo una persona de carne y hueso; cuando la policía descubrió que se trataba del personaje de una novela, se ordenó retirar de la circulación los ejemplares. En 1991 se publicó en Londres una traducción al inglés que, eventualmente, encontró su camino de vuelta a Kenya, la tierra natal de Ngũgĩ; y hasta 1997, tanto la traducción inglesa como la versión original kikuyu empezaron a circular libremente en el país. Ahora, El Colegio de México presenta la traducción al español de Rafael Segovia Albán realizada a partir de la versión estadounidense de 1998. Pero éste es solamente el peri-

plo —o parte del periplo— que *Matigari* ha seguido para llegar hasta sus lectores hispanohablantes, una transformación que implica el reto de conservar las formas de la tradición oral kikuyu y verterlas al español desde el inglés.

Antes de pasar propiamente a la narración, *Matigari* abre con una suerte de advertencia dedicada, precisamente, “Al lector oyente” (p. 13). De esta forma —como previendo la manera tan literal en que sus palabras serían tomadas—, la novela habla directamente al que abre sus páginas y lo invita a escuchar una historia que se quiere imaginaria, intemporal y utópica. Las formas rescatadas de la oralidad nos acercan a una historia milenaria y actual y, a la vez, despliegan ya el velo de una ficción que nos recuerda constantemente que se trata de una historia “fantástica”. En su breve comentario en la contraportada de la edición mexicana, Celma Agüero muy atinadamente describe el género de la novela como “nuevo realismo”; y es que la historia, aun siendo efectivamente utópica, se desarrolla en lugares y tiempos perfectamente identificables. La prosa de Ngũgĩ es apasionante cuando presenta la lucha cotidiana de los pueblos y de las clases oprimidas bajo la forma de una épica antiquísima; como lectores no tenemos mayores problemas para creernos ante una narración ejemplar de la tradición kikuyu y, sin embargo, identificarnos como participantes y actores de la misma historia que se repite. Indudablemente se trata de un realismo *otro*, que expone problemas políticos esenciales —como la búsqueda de la verdad y la justicia— en una forma que es original porque se remonta al origen, a la cultura local, y encuentra su fundamento en la lengua.¹

Pero la originalidad de *Matigari* rebasa las fronteras lingüísticas y es preservada en la traducción. El texto está plagado de marcas culturales, como las expresiones en kiswahili y la mención de hechos históricos y de entidades políticas, económicas

¹ En las páginas preliminares de su ensayo *Decolonising the Mind*, Ngũgĩ hace una declaración (que presenta con ese mismo título: “A Statement”) que afirma que a partir de la publicación de *Petals of Blood*, en 1977, renunció a la lengua inglesa como vehículo para su producción literaria y pasó a crear directamente en lengua kikuyu. Cf. Ngũgĩ wa Thiong’o, *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*, James Currey-Heinemann Kenya-Heinemann-Zimbabwe Publishing House, Londres-Nairobi-Portsmouth-Harare, 1986, p. xiv.

y comerciales existentes, que se suman a las marcas de oralidad para dotar de un carácter propio a la novela cuya acción se sitúa indudablemente en el Este de África; a pesar de la advertencia inicial y de los esfuerzos del narrador por hacer borrosas las fronteras entre la ficción y la historia; por negar un tiempo cronológico inteligible dentro de la novela: «¿Cuándo fue que nos separamos? ¿Fue tan sólo ayer por la noche? ¿O fue el día anterior? Sea como sea, no importa. Ayer, el día anterior, hace años, ha sido la misma historia.» (p. 108). La universalidad de los problemas abordados en *Matigari* de ninguna manera viene en detrimento del profundo carácter africano de la narración.²

Se trata de una novela que reflexiona constantemente sobre ella misma y sobre su carácter de ficción, y al hacerlo construye una estructura de *mise-en-abîme* que atrapa al lector en una red más profunda; nos enfrenta, por ejemplo, al dilema de las posiciones realidad-ficción, mentira-verdad, y toma partido. Es sintomático que las críticas orientadas a descalificar la ficción provengan siempre de los labios de los opresores que detentan el poder y tratan de justificar su gobierno ilegítimo:

«De hecho, fuimos nosotros, los que nos regimos por la ley, quienes evitamos que el país se destruyera. Si miran la situación desapasionadamente, sin el tipo de *distorsión* que encuentran en algunos de esos escritores de *ficción*, podrán ver que fueron los que obedecieron la ley colonial quienes construyeron la independencia.» [p. 122. Las cursivas son del autor.]

«Ninguna canción, ninguna canción o juego o rima o proverbio que mencione a Matigari ma Njirũngi será tolerada. *Todo lo que nos interesa es el desarrollo. No nos interesa la ficción.* Olvidemos que gente como Matigari ma Njirũngi existió alguna vez. Estemos de acuerdo, como pericos leales, en que Matigari ma Njirũngi fue sólo un mal sueño. Ese pedazo de historia fue sólo un mal sueño, una pesadilla, de hecho. Tenemos profesores calificados que pueden escribir una nueva historia para nosotros.» [p. 138. Las cursivas son mías.]

² En este sentido se emparenta con la producción de autores latinoamericanos como Alejo Carpentier, con quien podría compartir la profunda crítica social y política construida sobre la base del relato histórico. Aunque, por supuesto, sería demasiado simplista hablar de realismo mágico en el caso de la novela de Ngũgĩ, en ella se mezclan elementos ficcionales y no ficcionales de manera similar a la de la corriente latinoamericana.

Efectivamente, la ficción, acusada de distorsionar una supuesta realidad, está del lado del autor y de su texto escrito en clave de *art engagé* (como lo proponían Camus y Sartre, entre otros autores que han defendido el arte como acción política y revolucionaria), mientras que los sectores poderosos y enriquecidos defienden su sistema abusivo con una reescritura falsa de la historia. El falseamiento de la historia corre paralelo con la corrupción del lenguaje, tipificados en esta obra de Ngũgĩ:³

«Este mundo está de cabeza», dijo de pronto Matigari. «El ladrón llama *ladrón* a quien es robado. El asesino llama *asesino* al que es asesinado, y el perverso llama al hombre bueno perverso. A aquel que saca de raíz el mal lo acusan de sembrar el mal. Aquel que busca la verdad y la justicia acaba en la cárcel y en los campos de detención. Sí, a aquellos que siembran buenas semillas se les acusa de sembrar hierbas malas.» (p. 170)

Todos estos problemas, típicos de los regímenes totalitarios y fascistas, son abordados desde la perspectiva ideológica del autor que, en ningún momento, esconde su filiación ideológica de izquierda, que causó su salida de Kenia y su exilio autoimpuesto en Gran Bretaña. Esta persecución política se retrata claramente en Matigari: «[...] Son aquellos que enseñan el marxismo —en otras palabras, comunismo— quienes arruinan a nuestros estudiantes y a nuestros trabajadores. Por eso deben ser detenidos sin derecho a juicio.» (p. 125). Son muchos los temas que pueden encontrarse en el libro, problemas universales con aristas profundamente teóricas e incluso altamente técnicas y especializadas (como todo aquello concerniente a la crítica literaria a la que el autor le dedicó una buena parte de su obra); pero el hilo conductor del texto es, sin duda alguna, la política. Incluso, en algún momento en la novela, el cura niega los alegatos que quieren identificar la llegada de Matigari con el “Segundo advenimiento de Cristo” diciendo: “No era posible que Jesús hubiera vuelto haciendo preguntas tan estúpidas y *contando fábulas políticas*.”⁴

³ La distorsión de la lengua ha sido analizada detalladamente por el filólogo alemán Victor Klemperer en el caso del régimen nacional-socialista en Alemania. La asociación de una terminología falsa y de una historia mentirosa, creadas *ad hoc*, tiene otro ejemplo literario en *1984* de George Orwell.

⁴ P. 117, cursivas agregadas.

Respecto a la construcción de los personajes, como se ha señalado más arriba, éstos son arquetipos de las distintas entidades de la sociedad propuesta en el texto. En otras palabras, los personajes cumplen distintas funciones tal y como sucede en las fábulas y en los mitos; este hecho delinea una cierta intención didáctica que, en este caso, se muestra como la denuncia del imperialismo que opera a escala mundial. Matigari representa al revolucionario ideal, de la misma forma en que lo hacen el niño ("Mūriūki"), la mujer (Gūthera), el obrero, el estudiante, el colono ("Willams"), el traidor ("John Boy"), el soplón o el dictador ("*Ole Excellence*"). Esto no significa, claro está, que se trate de caricaturas o que los personajes carezcan de profundidad; por el contrario, ellos dudan, se contradicen y tienen clarosuros. Es fácil incluso, como lector, entrar en conflicto con el héroe de la historia, cuando se dice que "la justicia de los oprimidos nace del poder de las armas organizado en manos del pueblo. Matigari había abandonado ya el cinto de paz". (p. 180). Cada uno de los personajes representa a cualquiera que esté en su posición; es decir, no se trata de individuos sino que cada uno de ellos representa al grupo al que pertenece. La posición crítica de la novela frente a la idea de individuo queda muy claramente explicada en el siguiente pasaje, en el que John Boy, el africano traidor educado en Inglaterra, se dirige a Matigari,

Te pediría que aprendas el sentido de la palabra "individuo". Nuestro país ha permanecido en la oscuridad por causa de la ignorancia de nuestro pueblo. No conocen la importancia de la palabra "individuo" por oposición a la palabra "masas". La gente blanca es avanzada porque respeta esa palabra, y por lo tanto honran la *libertad del individuo*, que significa la libertad de cada cual para seguir sus propios caprichos sin preocuparse por los demás. [pp. 64-65]

Ni siquiera el colono Williams podría entrar en la categoría de individuo: de la misma forma que John Boy, los padres de ambos mueren en la guerra de independencia a manos de Matigari que, al regresar de la selva habiéndolos matado, se encuentra a los hijos de aquellos ocupando los mismos puestos de sus padres; cumpliendo exactamente las mismas funciones.

La estrategia formal de la novela es efectiva. En los ámbitos locales, expresiones como "ningún gobierno puede permi-

tir que 0.0001 por ciento de la gente interfiera con los derechos del otro 99.9999 por ciento” (p. 130) suenan perturbadoramente familiares, más aún cuando se trata de un argumento esgrimido por la dictadura. Ahora bien, *Matigari* es una novela reveladora y controvertida (baste el relato de su persecución en Kenya como ejemplo de esto), pero no es una fantasía futurista; es decir, habla de problemas mundiales que han sido de actualidad durante demasiado tiempo; ilustra el ejemplo preciso de la decolonización en África y, específicamente, del caso de Kenya, pero lo hace de manera tal que cualquiera sociedad que se enfrenta a la colonización y al imperialismo —que son todas las sociedades, de alguna u otra forma— puedan sentirse identificadas. Cualquier lector podría encontrar algo de su experiencia local en este libro y ésta es una de las grandes riquezas del texto.

“La verdad debe buscar la justicia. La justicia debe buscar la verdad. Cuando triunfe la justicia, la verdad reinará sobre la tierra.” (p. 102). La búsqueda de la verdad y de la justicia es una preocupación constante de toda sociedad humana y es precisamente éste el motor de las aventuras de nuestro protagonista. Según el autor, la lucha por encontrar la verdad y la justicia es parte constitutiva de la condición humana: “«Estaba temblando de rabia, la rabia de una dignidad recién descubierta que le viene a uno cuando las escamas de mil años se le caen a uno de los ojos. *A partir de entonces era humano.*»”⁵ Ngũgĩ wa Thiong’o invita a este despertar que tiene una posición central en nuestra historia latinoamericana y es especialmente relevante para nosotros en la actualidad. Es importante escuchar la experiencia africana y aprovechar el espacio abierto por el arte para dialogar con otras naciones del Tercer Mundo. *Matigari* nos ofrece esta oportunidad de establecer y desarrollar otros lazos Sur-Sur, y de encontrar así otros caminos diferentes del modelo dominante. Numerosas guerras se han desencadenado en el continente africano —y en muchas otras regiones— como producto de las desigualdades provocadas por un sistema de dominación que todos padecemos, pero del que fatalmente todos formamos parte. La novela termina en una de esas guerras, cerrando con ese tono de épica que atrapa al lector.

⁵ P. 37, cursivas agregadas.

No voy a arruinar aquí ninguna expectativa revelando el final, que a pesar de la sangre es esperanzador. Los numerosos puntos de controversia o franca oposición que se pueden encontrar en el texto invitan, más bien, al debate y a la reflexión. *Matigari* es una lectura que se concluye, definitivamente, con una sonrisa. Tal vez, el ansia más apremiante que se pudiera tener al cerrar el libro es la sensación de carencia por no tener acceso al original —por culpa de la ignorancia del kikuyu— y sentir más cerca aún a aquel que nos narra esta aventura.

«Por supuesto que estaba asustado», contestó Matigari. «Pero tenemos que aprender a vencer el miedo. Debemos ganar la batalla contra el miedo que ha descendido sobre esta tierra. El miedo en sí mismo es el enemigo del pueblo. Cría miseria en la tierra...» [p. 191]

J. WALDO VILLALOBOS

Iain Provan, V. Philips Long & Tremper Longman III, *A Biblical History of Israel*, John Knox Press, Louisville, Westminster, 2003, pp. xiv + 426.

Esta *historia bíblica* de Israel de Provan, Long y Longman aparece como clara respuesta, desde los ámbitos evangélicos conservadores norteamericanos, al debate transcurrido en la década de los años noventa en torno de la historicidad de las narrativas bíblicas, tal como se hace explícito al comienzo de la obra, en su capítulo 1 “The Death of Biblical History?” (pp. 3-35). La mira está dirigida hacia las posturas más críticas de este debate, representadas por las numerosas contribuciones de P. R. Davies, N. P. Lemche, Th. L. Thompson y K. W. Whitelam, por nombrar a las figuras más representativas. La disposición general de la obra es clara desde el principio: aun cuando gran parte de las narrativas bíblicas no puedan ser evidenciadas —vale decir, confirmadas— por parte de la práctica arqueológica, la historia de Israel tal como aparece en la Biblia es un testimonio válido en términos historiográficos modernos.

El libro se estructura en dos grandes secciones: la primera, “History, Historiography, and the Bible”, comprende los capí-

tulos 1-5 (pp. 3-104), en los cuales los autores intentan aproximar un argumento de legitimidad a su idea de que una *historia bíblica* de Israel es tan legítima como una historia arqueológica de dicha entidad. En efecto, lo que se intenta cuestionar es el principio mismo de cientificidad detrás de la práctica arqueológica (cf. pp. 54-56), principio que a la luz de las posturas más críticas evidenciadas en el mencionado debate de fines del siglo pasado, remitían a gran parte de la narración bíblica a un mundo mito-teológico que poco tenía que ver con lo que la práctica arqueológica podía atestiguar del “antiguo Israel”.

La segunda sección, “A History of Israel from Abraham to the Persian Period”, prosigue la trama en los capítulos 6-11 (pp. 105-303), pero ahora desde un punto de vista diacrónico y mayormente historicista. Cada uno de los episodios bíblicos —la época de los Patriarcas, del asentamiento-conquista de la Tierra Prometida, la época de la Monarquía Unida de David y Salomón, el posterior periodo de los reinos de Israel y Judá, y la época del exilio a Babilonia— es tratado a partir de meras *condiciones de posibilidad histórica*, no de *evidencia* que permita sostener que tales periodos son históricamente perceptibles, así como los acontecimientos bíblicos que los conforman. En efecto, un preludeo a esta segunda sección —y que constituye la culminación de la anterior— está conformado por una “declaración de principios” de los autores, en donde hacen explícita su defensa de una idea de la historia de Israel (e, implícitamente, aun la de nuestros propios tiempos) transitada por una constante interacción de Dios con los hombres (pp. 98-104). El caso está muy claro aquí para tener una perspectiva crítica: no es la fe individual o colectiva de los autores lo que está en cuestionamiento, sino su pretensión de que argumentos “no falsables” (en términos popperianos) tengan igual validez que aquellos pasibles de comprobación externa, dando por tierra así con un principio básico de verificabilidad científica que se remonta, al menos, hasta la obra de Immanuel Kant. Detrás de la postura epistemológica del libro, sin duda, hallamos un intento desesperado por confirmar históricamente los relatos bíblicos, en donde no se insiste en la *evidencia* científica del pasado de Israel sino en el *testimonio* de ese pasado representado en forma de narrativa (cf. pp. 75-97).

Un ejemplo notable del intento por mantener a toda costa la historicidad del relato bíblico puede observarse en la nomenclatura de los periodos: es significativo que esta sección transite temporalmente entre “Abraham” y el “periodo persa” de Palestina. ¿Qué nos está indicando esta particular cronología? Indudablemente que los autores no tienen la intención de separar el ámbito de lo exclusivamente teológico del ámbito más profano de los acontecimientos históricos; vale decir —en términos de la filosofía de la historia—: no se pretende hacer la distinción entre *Heilsgeschichte* e *Historie* (o *Geschichte*). Ahora bien, esta disposición puede ser comprendida si observamos la historia de la investigación bíblica de los últimos doscientos años. En efecto, la indagación racionalista en los escritos bíblicos (de corte protestante) buscó legitimar el testimonio religioso a través de la razón. Pero, luego de doscientos años, y especialmente luego de rupturas epistemológicas de importancia, como el llamado “giro lingüístico”, es evidente ahora que tal empresa originaria no es más posible. Por ello, los autores pueden afirmar la validez de su disposición metodológica: la Razón no es el punto de referencia unívoco de la verdad histórica —sostienen—; por lo tanto, una narración testimonial de los sucesos bíblicos, no evidenciada en términos arqueológicos, es válida en sí misma, y no merece justificación científica alguna. Aun así, la metodología es falaz en lo referente a su pretensión histórica e historiográfica. Esta *historia bíblica de Israel* no es más que una paráfrasis posracionalista de los sucesos bíblicos que puede conformar al creyente erudito, pero que de ninguna manera puede ser aceptada en los ámbitos de la práctica historiográfica crítica. En efecto, como se ha preguntado otro historiador al reseñar esta misma obra: si ampliamos nuestro campo de indagación en el mundo antiguo, ¿cómo sería una *historia homérica de la antigua Grecia*? (cf. Lester Grabbe, review of I. Provan, V. P. Long & T. Longman III, *A Biblical History of Israel* [<http://www.bookreviews.org>] 2004). Es seguro que ningún historiador clasicista admitiría tal posibilidad. El error en la aproximación metodológica de Provan, Long y Longman es obvio, y las razones epistemológicas ofrecidas en las primeras 100 páginas no proporcionan argumentos verdaderamente críticos (aunque uno debería preguntarse si es esa la verdadera

intención de los autores) que preparen la narrativa histórica que prosigue en el libro, sino que son una justificación presentada luego de que su *historia bíblica (moderna) de Israel* haya sido concebida.

Como indicamos, esta obra constituye una respuesta lógica a la fuerte crítica emplazada en ámbitos europeos a la historicidad *naïve* de los relatos del Antiguo Testamento que la historiografía tradicional había sostenido; sin embargo, no logra superar los cuestionamientos —válidos en exceso, en términos historiográficos— que ha presentado esta crítica. Más bien, prefiere hacer oídos sordos a reclamos razonables que puedan perturbar una moderna evocación biblista del pasado de Israel; evocación que imita algo ya hecho por los propios autores bíblicos (razón suficiente para que una reescritura bíblica del pasado de Israel en tiempos modernos sea algo absurda) y que poco tiene que ver con aquello que en términos exclusivamente históricos, no confesionales, podemos decir sobre esa entidad en el territorio de la antigua Palestina.

EMANUEL PFOH
Universidad Nacional de La Plata,
Argentina